

El voto útil de la derecha: las elecciones de 1982 y la Comunión Tradicionalista-Carlista

Caín Somé Laserna.

Universidad de Sevilla.

El año 1982 fue sin duda una fecha decisiva para la historia de España y de Andalucía. Primero las elecciones andaluzas, y posteriormente, las generales. España iba a decidir su futuro, y todos los partidos políticos tenían algo que decir.

El Partido Socialista Obrero Español aparecía como el gran favorito en las quinielas electorales, y mientras, el sector carlista encuadrado dentro de la Comunión Tradicionalista pedía la unión de las derechas para así evitar lo que ellos consideraban un desastre nacional.

Para ellos, la gravedad e inminencia del peligro marxista exigía el entendimiento y la colaboración entre todas las agrupaciones de derecha. Las fuerzas “no marxistas” tenían que hacer frente común al peligro, o lo que es lo mismo, pedían la unión de las derechas españolas, porque según ellos, todas las derechas compartían la defensa del humanismo occidental de indudables raíces cristianas, frente al modelo marxista que decían, trataba de imponer el PSOE.

“1982 va a ser, sin duda, un año decisivo para el porvenir de España. Nuestra Patria se va a encontrar probablemente ante una encrucijada histórica, en la que tendrá que decidir su camino hacia el futuro.

La situación actual en todos los órdenes [...] exige, sin duda alguna, el entendimiento y la colaboración entre todas las fuerzas no marxistas ya que solo así podría evitarse que nos despeñemos fatalmente en el social-comunismo.

Desgraciadamente, las fuerzas no marxistas en lugar de hacer causa común frente al común peligro, parecen empeñadas tan solo en disputarse entre sí un puñado de votos, para quedar los unos por encima de los otros en las ya próxima confrontaciones electorales: primero, las elecciones andaluzas; probablemente en el otoño, las generales.

Ciertamente que entre los grupos no marxistas, que, para entendernos, podríamos denominar de derechas, existen diferencias apreciables, y no solo de matiz, en más de un caso. Sin embargo, todos ellos coinciden en la defensa del humanismo occidental, de indudables raíces cristianas, aunque estas se hallen olvidadas u oscurecidas en algunos, frente al modelo de sociedad que el marxismo pretende implantar.

Es esta base común la que no solo permite, sino exige la unión, entendida como coalición, y nunca como partido único, que permita hacer frente con éxito al peligro que nos amenaza.

En lugar de ello, los partidos de derechas han iniciado ya la carrera para ver quien llega primero. En vez de compartir un electorado, que si está unido votaría gustosamente una sola candidatura de integración, se están disputando el electorado”¹.

De este modo comenzaba su andadura el Boletín Tradicionalista sevillano *Siempre* en el año 1982, y con este alegato dejaba a la vista sus intenciones: había que buscar el entendimiento necesario entre las derechas. Solo así se podía evitar la victoria marxista. Y para ello, había que evitar los personalismos, los exclusivismos, era preciso realizar un sacrificio tendente al entendimiento entre todos los partidos y fuerzas afines.

Sin embargo, durante los meses previos a las elecciones, desde las diferentes plataformas nacionales de la Comunción se criticó que los distintos partidos de derechas, e incluso de centro, habían iniciado ya sus propias carreras por competir por el mismo electorado, y pretender ser el partido que representase en exclusividad a la derecha, dividiendo de este modo al electorado y posibilitando lo que podría ser el acceso al poder de los “marxistas.” Es por ello, que teniendo en cuenta que no se va a presentar una candidatura Tradicionalista, ni tampoco se forma una coalición de las derechas, desde los distintos órganos de prensa se pide el voto útil. Se recomienda votar a la candidatura que ofrezca una mayor concordancia con su ideario, y que se estime con posibilidades de éxito. Es su obligación moral. Su deber pragmático. Es el “voto útil” de la derecha.

El carlismo ante los nuevos tiempos

En 1975 el pretendiente carlista Javier I abdicó en su hijo Carlos Hugo de Borbón-Parma después de que desde 1972 hubiera ido depositando en él más responsabilidades políticas. Este nombramiento terminaría de romper la unidad en las filas carlistas. Una unidad que se había venido descomponiendo desde mediados de los años 60, momento en el cual se inició un acercamiento progresivo a las ideas socialistas autogestionarias y federalistas por parte de un sector carlista, el mismo que acabaría liderado por Carlos Hugo como pretendiente al trono y José María de Zavala Castella como Secretario General del Partido. Este testamento político supuso pues, un punto y aparte en la unidad carlista, y suscitó también el fin de la tolerancia del régimen hacia el ideario carlista; una intolerancia que vio su punto álgido años antes con la expulsión de la familia Borbón-Parma de España a finales del año 1968. En los motivos de dicha expulsión, mucho tuvo que ver ese giro a la izquierda socialista que estaba dando el carlismo. No obstante, esta evolución del carlismo se podría encuadrar en la época de cambio que representan los años setenta a todos los niveles. Unos cambios en la sociedad española del momento que no son indiferentes para el carlismo. De este modo se formó el renombrado Partido Carlista, confirmando el desvío ideológico.

¹ *Siempre*, nº1, Sevilla, 1982, págs. 1-2.

Por otra parte, sectores disconformes con este viraje empezaron a desligarse de las filas del Partido Carlista. Son los casos de Raimundo de Miguel López, Francisco Elias Tejada o Domingo Fal-Conde Macias. En 1974 Carlos Hugo participó en la Plataforma de Convergencia Democrática [que posteriormente derivaría en la Platajunta], uniéndose de este modo a las filas antifranquistas. Esto terminaría provocando la ruptura definitiva con los sectores tradicionalistas², que pronto depositaron sus miras en el hermano pequeño de Carlos Hugo, Sixto Enrique de Borbón-Parma. El momento de máxima tensión entre los dos bloques carlistas llegó con el enfrentamiento producido el 9 de mayo de 1976 en Montejurra.

El trágico balance fue de dos muertos y numerosos heridos, y no hubo intervención policial a pesar de los violentos altercados que se vivieron en lo que se conoció como “Operación Reconquista”. Se han dado muchas explicaciones a dichos sucesos y se han escrito numerosos artículos. En concreto, nos quedamos con las apreciaciones de Canal³, que inscribe estos sucesos en tres dinámicas: el enfrentamiento de carlistas con tradicionalistas; la impunidad de la que gozaba con Arias Navarro la extrema derecha que apoyó al sector tradicionalista en dicho enfrentamiento; y el interés del gobierno por consolidar la monarquía de Juan Carlos I y acabar con cualquier posible estorbo. En cualquier caso, significó la ruptura definitiva entre los dos bloques.

Cada grupo carlista siguió su propio camino. El Partido Carlista fue legalizado a finales de 1977 pudiendo participar en las elecciones legislativas de 1979 con un estrepitoso fracaso al no conseguir ni un solo escaño, con apenas 50.000 votos, que le supuso la pérdida de numerosos apoyos y efectivos que le relegaron al papel de partido testimonial.

El sector tradicionalista que se había desligado del Partido Carlista siguió su propia andadura hasta que en 1986 terminó reconstituyéndose en la Comunión Tradicionalista-Carlista, participando desde entonces en algunos procesos electorales como las elecciones generales de 2004 o las europeas de 1994 con desigual resultado. La revitalización de este grupo vino auspiciada por la multiplicidad de sus actividades, la recuperación de actos tradicionales, el papel de la juventud y la multiplicidad de la prensa. En las próximas páginas nos ocuparemos principalmente del papel que ocupó el sector tradicionalista en los años ochenta, cuando se desligó del Partido Carlista, pero lejos todavía de su refundación política. Unos momentos de indefinición en los que parecía más preocupado por el mantenimiento y conservación de sus raíces católicas y nacionales que por el interés político. Nos centraremos especialmente en el sector tradicionalista sevillano, que en este periodo vivió un proceso de revitalización.

² Jordi Canal, “El carlismo crepuscular (1939-2002)”, en Julio Aróstegui et al., *El carlismo y las guerras carlistas*, Madrid, La esfera de los libros, 2003, págs. 132-134.

³ *Ibidem*, pág. 135.

Cambio de rumbo político: las elecciones de 1982

A principios de 1981 el abandono de la presidencia del gobierno por parte de Adolfo Suárez propició el nombramiento del hasta ese momento vicepresidente, Leopoldo Calvo Sotelo, que ocuparía el cargo de presidente durante casi dos años hasta las elecciones generales de 1982.

Su presidencia fue realmente complicada. Vino precedida por el fallido 23F, y tuvo que lidiar con un partido cada vez menos cohesionado. Su partido había gobernado con mayoría absoluta desde 1977 pero el desgaste político era incuestionable, como evidencian las deserciones que se produjeron desde 1981, y que dejaron al partido en una situación de extrema debilidad⁴.

Obligado por los acontecimientos, Calvo Sotelo convocó elecciones generales para el 28 de octubre de 1982. Todas las encuestas daban como vencedor al PSOE, sobre todo después del triunfo del Partido Socialista en los comicios andaluces. Estas primeras elecciones autonómicas andaluzas se celebraron meses antes, el 23 de mayo de 1982, y al ser la consulta autonómica más cercana a las elecciones nacionales, se convirtieron en la práctica, en un fiel reflejo de lo que podía pasar meses después. Es decir, las elecciones andaluzas se convirtieron en el espejo en el que todos los partidos políticos deseaban mirarse para ver su imagen. Desde esta perspectiva se entiende mejor la agresividad dialéctica con la que se vivió dichas elecciones autonómicas. El resultado fue una victoria aplastante del PSOE que consiguió más del 52% de los votos en las elecciones autonómicas; y una mayoría absoluta en las generales inaudita hasta el momento, con 202 de los 350 escaños del Congreso⁵.

Centrándonos en el caso que nos ocupa, pudiera parecer que el sector tradicionalista, desde la ruptura definitiva con el Partido Carlista tras los hechos de Montejurra 76 y hasta su refundación en 1986 bajo las siglas de la Comunión Tradicionalista-Carlista, permanece en el anonimato político. Su no participación en sendas elecciones pudiera llevarnos a pensar que permanecen aislados de toda la vorágine política. Nada más lejos de la realidad, mantuvo su habitual dinamismo. Se organizaron las celebraciones habituales, tuvieron lugar los encuentros esporádicos entre los simpatizantes carlistas, la labor de la prensa se mantuvo intacta pasando a ser el pilar fundamental, las asociaciones mantuvieron vivo el espíritu y los valores tradicionalistas, y vivieron con gran intensidad el desarrollo político del año 1982.

La Transición española es uno de los periodos más importantes de nuestra historia contemporánea, y el mayor protagonismo se suele atribuir, casi siempre, a las grandes personalidades e instituciones políticas. No obstante, no podemos obviar que detrás de esas grandes personalidades había hombres y mujeres anónimas; y detrás de las grandes instituciones, colectivos minoritarios y asociaciones políticas sin las cuales sería imposible comprender en toda su magnitud dicho periodo. Es aquí donde entra la

⁴ Carlos Barrera, "La España democrática (1978-2004)" en Javier Paredes (coord), *Historia Contemporánea de España. Siglo XX*, Barcelona, Ariel, 2009, págs. 951-952.

⁵ *Ibidem*, pág. 955.

importancia de conocer y analizar el papel que desempeñaron los grupos tradicionalistas que actuaron como contrapunto en la sociedad española del momento. Dada la multiplicidad de los círculos carlistas por la geografía española, y las enormes contradicciones y diferencias que podemos encontrar entre los diferentes grupos, resultaría complicado elaborar un cuadro conceptual completo con las principales características que mantiene el tradicionalismo durante los años previos a su refundación en 1986. Sin embargo, sí que podemos trazar las principales características que presenta la sección sevillana tradicionalista. Nos centraremos especialmente en el periodo previo a las elecciones autonómicas y las generales de 1982, periodo en el que destacan personajes de la talla de Ángel Onrubia Rivas, Alfonso Carlos y Domingo Fal-Conde Macias, [hijos de Manuel Fal Conde] y Raimundo de Miguel López.

El tradicionalismo ante las elecciones de 1982: el paradigma sevillano

Lo primero que llama la atención es la sucesión de continuidad. Históricamente el carlismo sevillano ha sido una constante, y solo tenemos que acudir al catálogo de la hemeroteca municipal de Sevilla⁶ para ver la abundancia de prensa tradicionalista y carlista sevillana durante todo el siglo XX, y en especial su segunda mitad. El diario *Tradición* entre 1954 y 1967; *Tradición y Juventud* de 1978; diario *Vázquez de Mella* entre 1970 y 1971, *Quintillo* entre 1960 y 1978 o *Siempre* entre 1982 y 1984 son algunos de los principales boletines y diarios de ideología carlista que se publican en la capital sevillana entre los últimos años de Franco y el periodo de la Transición. Muchos de sus ejemplares se conservan en la Hemeroteca Municipal de Sevilla y son un buen aporte de información de este sector de la sociedad, que aunque reducido y residual, cuenta con una continuidad histórica en el municipio que no se debe pasar por alto.

Pero no es solo el mantenimiento de una continuidad en las publicaciones periódicas lo que nos llama la atención, sino la conservación de unos valores y unas tradiciones que permanecen presentes, no sin cambios, desde la primera mitad del siglo XIX: los valores cristianos, el patriotismo, la importancia del núcleo familiar o la crítica al capitalismo son factores presentes en 1982 pero que ya estaban presentes en 1850 y en 1936.

No quiere decir esto que no exista una paulatina evolución. Hay un avance paralelo a los tiempos que corren, bien visible por ejemplo en lo que respecta a la monarquía. En 1982 es muy difícil ver referencias en prensa a la legitimidad monárquica. Es un elemento que siempre está de fondo, pero no se encuentran reivindicaciones políticas sobre el monarca carlista. Más aun si cabe en el Partido Carlista⁷, que ha abandonado la reivindicación dinástica, como ellos mismos apuntan:

⁶ Enrique Roldán González y Rosa María Roldán Navarra, *Prensa tradicionalista-carlista en la Hemeroteca municipal de Sevilla*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, Área de cultura, 1994.

⁷ En adelante, cuando hagamos referencia al Partido Carlista lo especificaremos. De lo contrario, siempre que hablemos de carlistas estaremos refiriéndonos a los tradicionalistas.

“En la actualidad el pleito dinástico ha quedado superado porque restablecida la monarquía liberal-capitalista por acto personal y autoritario de Franco, su supuesta legitimidad queda invalidada y no puede existir por tanto pleito monárquico o dinástico, sino un contencioso político entre el pueblo o sociedad entera por una parte y por otra la oligarquía instalada. Este pleito, desde luego, no se va a resolver, ante una sociedad politizada, por una simple cuestión de forma de gobierno. El problema es mucho más profundo. El Carlismo, por tanto, no plantea en la actualidad un pleito dinástico [...]”

Los factores que explican el mantenimiento de la ortodoxia tradicionalista son varios y complejos, sin embargo es posible sintetizarlos en dos: el factor religioso y el factor político.

En cuanto a los valores religiosos, la reproducción del mensaje carlista no deja lugar a dudas: la inculcación de sentimientos, valores morales, mitos, rituales o símbolos desde los diferentes mecanismos de reproducción, ya sea la prensa, la propaganda o el discurso. Algunos estudios nos hablan de la importancia de la mujer en la propagación del ideal carlista en sus hijos. No en vano, el respeto a la familia tradicional es uno de los valores morales mejor conservados por el carlismo, en dónde la mujer desempeña un rol importante.

En el ideario tradicionalista, la familia, y en concreto, la familia cristiana, es uno de los pilares fundamentales en el que se sustenta la sociedad. Atentar contra la familia es atentar contra la sociedad en general, contra la esencia española. Por ello, cualquier intromisión por parte del gobierno en lo que ellos consideran los valores esenciales de la familia española son atacados. Es el caso por ejemplo del derecho a la vida. Desde el boletín Siempre se hará una dura crítica contra el aborto, algo que ellos consideran, por derecho natural, un asesinato. Las leyes de Dios están por encima de las leyes de los hombres, y el mandamiento divino de “no matarás” condena el aborto sin justificaciones ni excepciones. De ahí que la Comunión Tradicionalista se posicione totalmente en contra de la despenalización del aborto, cuyo debate está en estas fechas en el candelerero.

Para los carlistas, la sociedad española en su mayoría abraza el catolicismo de manera errónea, puesto que éste se reduce a “devociones, costumbres y hermandades”, que no son suficientes al no existir una responsabilidad moral y social. La devoción no evita el egoísmo y eso repercute en el desprestigio del catolicismo y de la propia Iglesia. Por ello, los tradicionalistas insisten en que la propia Iglesia debe predicar con el ejemplo y mostrarse inflexible ante el capitalismo liberal y el progresismo marxista. Debe condenar y permanecer intransigente. En esta línea en septiembre de 1982 la Asociación cultural carlista remite una carta al Vaticano solicitando su apoyo previo a las elecciones:

“Si no se oye más alta que hasta hoy, la voz de Dios antes de las elecciones, un Catolicismo desorientado y débil impedirá que las izquierdas, al no poder cumplir sus promesas económicas, contenten a sus masas con el desenfreno sexual y laico que ya apuntan, ni que la derecha liberal,

temerosa, consienta a ello a cambio de conservar sus posiciones económicas, como sucedió desde 1833 a 1936. ¿Quién será entonces responsable ante Dios de la condenación de muchas almas y de la sangre de muchos no nacidos?”⁸



Ilustración aparecida en el Boletín Tradicionalista Siempre en su número 3 de 1982.

Por otra parte, en cuanto a los factores políticos, una de las principales características que ha permitido al carlismo mantenerse vivo hasta nuestros días es su adaptabilidad. El carlismo, a lo largo de su historia, no ha dudado a la hora de realizar múltiples alianzas que le permitieron su propia subsistencia. Algo evidente si miramos nuestra historia más reciente y observamos la connivencia con la que el carlismo aceptó el franquismo, o como se adaptó a los tiempos de la Transición política española, no sin concesiones. En esta adaptabilidad también hay parte de inconcreción programática oculta tras una pretendida firmeza en los valores tradicionales: dios, patria, rey y fueros. Sobre todo cuando ya hemos visto anteriormente que hay una renuncia expresa a la legitimidad dinástica, abandonando la lucha que habían mantenido, no sin interrupciones, desde 1833.

Esta adaptabilidad no le lleva sin embargo a abrazar el sistema político actual en toda su plenitud. En ese sentido, quizás tenga mucho que ver el concepto de Patria y patriotismo. En un comunicado oficial de 1982 la Comunión Tradicionalista manifestaba públicamente “su repudio al sistema de partidos políticos que han conducido a España, en pocos años, al estado de postración moral y material que padecemos y

⁸ *Siempre*, nº5, Sevilla, 1982, pág. 8.

que no será eficazmente remediado mientras no se plantee seriamente a los españoles la derogación de la Constitución de 1978”⁹.

Para los tradicionalistas la soberanía nacional que emanaba del pueblo era una de las mayores falacias de la Constitución de 1978. “La Constitución se limita a decir que la soberanía nacional reside en el pueblo español. Simple lapsus para no reconocer que todo poder viene de Dios. Que el hombre por si mismo no es nada”¹⁰.

Las formas políticas eran cambiantes según los tiempos. Entraba dentro de la lógica tradicionalista entrar en el juego político, abandonar las aspiraciones dinásticas, e incluso matizar su ideario para lograr la legalidad política, pero el reconocimiento de la soberanía superior de Dios no se puede alterar. En este sentido se preguntaba Domingo Fal-Condé¹¹ ¿hasta qué punto puede hablarse de soberanía nacional cuando en realidad son los partidos políticos los que la ejercen?

En esta misma línea crítica contra el sistema política, y entroncado también con el concepto de Patria, se usará el Boletín Tradicionalista como plataforma para mostrar su más enérgica repulsa al sistema autonómico que se trataba de implantar en España y que rompía de manera definitiva el centralismo de la nación. En cualquier caso, se trataba igualmente de una crítica a la Constitución y los artículos de su título VIII que redactados de una manera ambigua, daban las pautas de acceso a la autonomía a través de dos vías diferentes y determinaban las competencias que cada una de las Autonomías podía disponer. Era un atentado contra el principio de una nación unidad y contra la propia historia de España.

Desde la plataforma de prensa, la Comunión Tradicionalista emprendió una dura campaña contra los supuestos que se argumentaban para justificar la autonomía. “¿Dónde está esa identidad histórica? ¿en los tartesos... cartagineses... romanos...? No, más para acá: ¿visigodos, árabes...? Tampoco. ¿En la Corona de Castilla? En fin, no encuentro esa identidad histórica que base un autogobierno autonómico”¹². No encontraban razón de ser para romper la unidad nacional en pos de los intereses de unos partidos políticos y de una democracia que atenta contra los valores y las tradiciones españolas. Una democracia que no representaba los intereses del pueblo español. Una democracia, cuyas instituciones sometían el bien común al interés de unos elegidos, que eran a su vez, “marionetas de los órganos supremos”.

Criticaban igualmente la manipulación del voto. Una manipulación que comienza desde los propios órganos de difusión: prensa, radio y televisión, que ellos consideraban en manos socialistas. Rechazaban el sistema de elecciones, pero a su vez, por exigencia moral, instaban a todo “buen español” a ejercer su derecho votando a las candidaturas que ofrecían con mayor claridad la repulsa a la doctrina marxista.

⁹ *Siempre*, nº5, Sevilla, 1982, pág. 3.

¹⁰ *Siempre*, nº2, Sevilla, 1982, pág. 6.

¹¹ *Siempre*, nº2, Sevilla, 1982, pág. 7.

¹² *Siempre*, nº3, Sevilla, 1982, pág. 4.

Aquellas que ofrecieran un mayor respeto por la familia, que no pusieran su poder al servicio del revanchismo.

En este sentido, con motivo de sendas elecciones, tanto las autonómicas andaluzas como las generales de 1982, ante la ausencia del tradicionalismo como organización política en las mismas, aconsejaron votar a aquellas candidaturas cuyos hombres pudieran garantizar la fidelidad y la defensa de los intereses de los españoles y no estuvieran al servicio de su propio interés. Como pudimos leer al principio, para ellos, el mejor planteamiento sería formar una coalición de los partidos de derecha para no dividir el voto, sin embargo, ante la imposibilidad de llevar esto a la práctica, aconsejaron que los electores de derecha, aquellos que compartieran el humanismo occidental, los valores cristianos y la oposición al marxismo, acudieran a las urnas y votasen a aquel partido que mejor representase dichos valores. De no hacerlo así, la culpa de la derrota electoral residiría en los propios partidos de derecha que habrían sido incapaces de aunar fuerzas y movilizar a sus votantes, posibilitando la victoria marxista. No era el momento para los personalismos. Solo el orden, la unidad, la honradez y el trabajo podían impedir que “España quedase a oscuras”. Y no eludían responsabilidades, puesto que a pesar de no participar como partido político en las elecciones, si eso llegara a ocurrir, ellos también serían responsables por falta de voluntad en el sacrificio.

Por todo ello, la Comunión Tradicionalista afirmó su disconformidad con el concepto de Autonomías, y su disconformidad con la Constitución y el Estatuto andaluz puesto que no respondía a la esencia histórica de España, sino a un vulgar intento de separatismo sin fundamento alguno. La postura lógica, tal como ellos advertían, debería haber sido la abstención en las elecciones puesto que esta democracia no aseguraba la transparencia. Sin embargo,

“como la política es también en su practicidad el arte de lo posible, y querámoslo o no estamos inmersos e implicados en este juego político, que repetimos no nos gusta, afirmamos que dicha abstención no solo no es posible ni recomendable, porque propiciaría el triunfo marxista, sino que la necesidad del voto constituye una obligación moral ineludible”¹³.

Es por tanto, esa obligación moral la que les exigió un voto consecuente con el ideal católico y con la esencia española. Eran conscientes de que solo una candidatura Tradicionalista podría abarcar en su totalidad el ideario carlista, sin embargo, ante la imposibilidad de dicha candidatura, es necesario sopesar las opciones y valorar que programa político se fundamenta en la honradez, el trabajo y el sacrificio. Se trata de lo que vinieron a llamar el “voto útil”. Había que dar el voto a la doctrina más próxima al ideario tradicionalista.

¹³ *Siempre*, nº3, Sevilla, 1982, pág. 7.

Tras las elecciones andaluzas, ante la victoria abrumadora del PSOE, el discurso tradicionalista apenas cambia, aunque ahora, la derrota electoral de UCD ha puesto en evidencia su campaña, y parece Alianza Popular, que se autodefine como un partido “conservador, liberal y humanista”, la mejor alternativa. Pero lo cierto es que ni la suma de ambas superó al PSOE en votos. Este fracaso demostró que por muy bien que estuvieran argumentadas las afirmaciones, era necesario contar con un grado de credibilidad en el electorado que en ese momento no lo tenía la derecha.

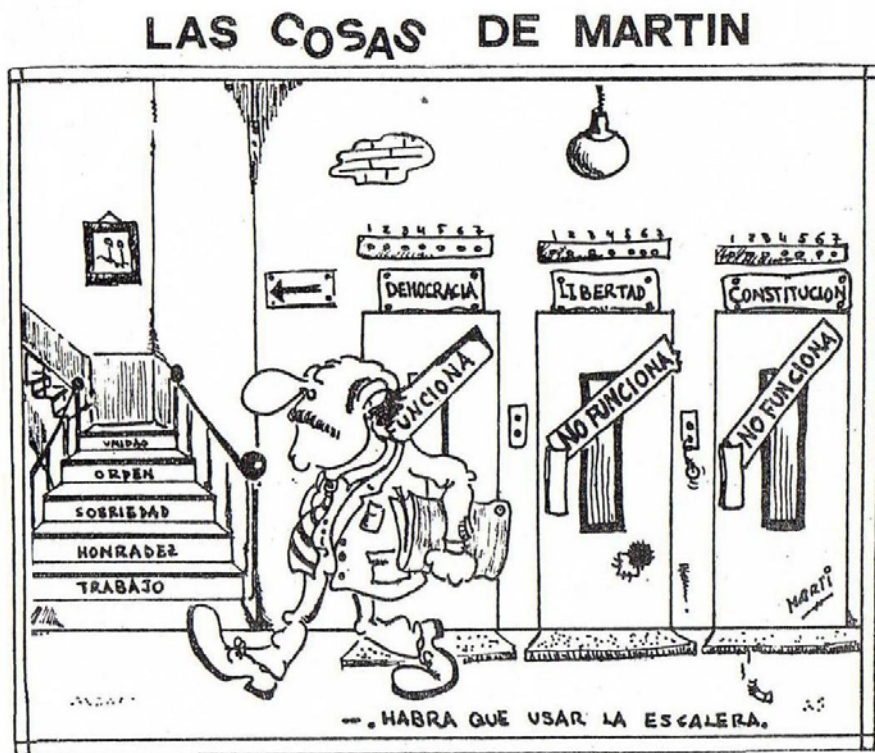


Ilustración aparecida en el Boletín Tradicionalista *Siempre* en su número 1 de 1982 que hacía referencia a los valores que se necesitaban en España en esos duros momentos.

Terminadas las elecciones generales, la Comunión Tradicionalista manifestó así su descontento con la situación:

“El triunfo socialista no ha sido por méritos de un Partido, sino el fiel reflejo de la crisis social de valores que padecemos. Ante ella, la Comunión Tradicionalista propugna: la defensa de la familia frente a sus enemigos, el divorcio, el aborto, la eutanasia, la defensa de la moral en los negocios, en el trabajo, en las relaciones sociales. Se ha de prestigiar la soberanía nacional y defender la unidad de la Patria. No al marxismo; no a la dictadura socialista; no al desmadre político de los partidos”¹⁴.

¹⁴ *Siempre*, nº7, Sevilla, 1983, pág. 2.

Este extracto pertenece al discurso realizado con motivo de la celebración del acto del Quintillo. Un acto que se entendía crucial para renovar la unidad ante las duras derrotas electorales afligidas meses antes, y que sirvió también para celebrar la designación de Ángel Onrubia Rivas como Presidente de la Junta Nacional en Madrid.

La celebración anual del acto del Quintillo tenemos que entenderla como un acto de mitificación que sirve para mantener vivos unos valores y unos ideales cristianos y españoles a través del tiempo. “En Quintillo celebraremos un día festivo, en familia. Cuando los temporales tienen tal fuerza destructora, es bueno, es necesario, el encuentro de los corazones para vibrar al unísono y comprometiéndonos, decir, ¡Adelante!¹⁵”. Se trata de un acto que todavía hoy desempeña un claro papel de unidad y confraternidad en la comunidad tradicionalista sevillana, un evento de muchas connotaciones ideológicas, y que sirve como escaparate, junto a otros actos que se celebran a lo largo del año, de un sector de la sociedad muy reducido a día de hoy.

La necesidad de un estudio

La propia rapidez del proceso de cambio que se vive en estos años hace preciso establecer unas líneas ideológicas que nos ayuden a ubicar el tradicionalismo en su contexto socio-político. Dando por sentada la ruptura definitiva con el Partido Carlista, hemos visto como el tradicionalismo ha planteado la necesidad de reaccionar y defenderse ante los ataques a la tradición y costumbres españolas. La defensa de los valores cristianos, de la familia, del derecho a la vida, de la moral, de la integridad de las personas y de la integridad de la nación. Por otro lado, pese a su rechazo inicial a los partidos políticos, aboga por realizar un esfuerzo comunitario, de llevar la voz del tradicionalismo a las urnas. Se insiste en que se vote con sentido común al partido que más se acerque a la ideología carlista. A pesar de no poder participar en dichas elecciones, tenemos que entender la actuación del tradicionalismo en las elecciones de 1982, tanto andaluzas como nacionales, dentro del proceso de las campañas electorales propiamente dichas, ya que sus argumentos y sus acciones presentan una serie de características que nos ayudan a comprender con mayor precisión la evolución de una sociedad tan convulsa como era la sociedad española de inicios de los años ochenta. Conocer y comprender los razonamientos y debates de este sector de la población nos ayuda en buena medida a acercarnos a la historia de una manera más eficiente.

¹⁵ *Siempre*, nº7, Sevilla, 1983, pág. 2.